

La narración que nos lleva: Mendoza y Ferlosio dos hitos en el 86 *

PEDRO CARRERO ERAS

ADVIERTE este cronista que, por exigencias de objeto y finalidad, se ve obligado a limitar sus comentarios sobre la novela de hoy sólo a dos autores de un año tan cargado de novedades como ha sido 1986, y que ahora contempla con cierta perspectiva desde los primeros y fríos días del año recién nacido. No debe interpretarse tal selección como falta de interés o menosprecio hacia el resto de la pléyade, cuyas producciones han de ser, sin duda alguna, objeto de nuestra atención en otro momento. Se han escogido dos novelas, puesto que en estas crónicas se trata de conjugar, al mismo tiempo, la información de actualidad y el estudio y comentario en profundidad y sin agobios. No existe, por tanto, tentación maniquea alguna, sino, en todo caso, aficiones literarias de índole muy

* Pretendo reanudar aquí a especie de sección so-e narrativa española acal que comencé en los ims. 17 y 18 de esta vista, y que se vio interrumpida por avalares presionales de otro tipo, reo de ley recordar aunque esté bien claro—le el título de esta prendida sección es saqueo paráfrasis del que lleva la estupenda novela de)sé Luis Sampedro: *El río le nos lleva*.

(1) Barcelona, Seix Barral, Col. Biblioteca Breve, 1.ª ed.: mayo de 1986.

(2) Madrid, Alianza Ed., 2.ª ed.: noviembre de 1986.

Sánchez Ferlosio



personal, de las que no está ausente el azar, pequeñas manías e incluso pasadas investigaciones.

Dos formas de relato

LAS dos obras, absolutamente dispares, que hoy atraen nuestra atención son **La ciudad de los prodigios**, de Eduardo Mendoza (1), y **El testimonio de Yarfoz**, de Rafael Sánchez Ferlosio (2). En un resumen de urgencia podría decirse que la primera es una novela de corte tradicional, realista —aunque no falten buenas dosis de fantasía cercana al realismo mágico—, y con una línea narrativa en la que predomina la acción. En la obra de Ferlosio, en cambio, la acción pasa a un lugar secundario,

pues se ve frenada continuamente por todo tipo de pormenores, discursos y digresiones, al mismo tiempo que no se sitúa —como la de Mendoza— en un marco histórico concreto, sino que se inventa, en registro de fabulación, su propia historia, algo así como la crónica quintaesenciada de los pueblos de la Antigüedad. La de Mendoza es una novela en el sentido más inequívoco del término —lleva, incluso, ese subtítulo en la portada— y está destinada a un público amplio que puede exigir y apreciar por igual la acción y la reflexión. Esto mismo no puede decirse de «El testimonio de Yarfoz», de lectura difícil, sobre todo por las largas explicaciones y ampliaciones que jalona el relato, y más adecuada a un lector paciente, acostumbrado a sufrir los rigores de toda clase de escollos y demoras. La selección que hemos hecho de estos dos libros es, por tanto, puramente circunstancial, y, por su diversidad, bien podrían servir como exponente de las distintas fórmulas y caminos de la narrativa española de hoy, no por clásicos y trillados —como el seguido por Mendoza— menos aptos para conseguir niveles de gran perfección literaria. Y todo ello contando, además, con que el libro de Ferlosio sea, efectivamente, una novela —lo que no parece estar en la intención del propio interesado, que abominia de la **literatura**—, detalle que, a estas alturas, carece de relevancia, pues no es esta época para dar pábulo a escrúpulos sobre la naturaleza y pureza de los géneros. No obstante todo lo dicho, en dos aspectos parecen coincidir los dos escritores: a) en un excelente dominio del

castellano, del que no está ausente la influencia de los mejores clásicos, con Cervantes a la cabeza; b) en que ninguno de los dos es prolífico, lo que, sin duda alguna, ya es síntoma y garantía de calidad.

Mendoza y Ferlosio, dos hitos en el 86

«La ciudad de los prodigios»: la recuperación del pulso

CON la publicación de **El laberinto de las aceitunas** en 1982, parecía como si la narrativa de Eduardo Mendoza hubiera sufrido un trapiés. Esa novela, en la que volvíamos a asistir a las aventuras del astuto y singular alienado metido a detective, era una especie de segunda parte, bastante desdichada, de **El misterio de la cripta embrujada**. En **El laberinto**, Mendoza no conseguía sostener el mismo nivel de ingenio, humor, penetración psicológica y sociológica, perfección estilística y descripción inteligente de lo cutre que, en fórmula perfecta, nos había ofrecido en **La cripta**. Algunas de las páginas de **El laberinto** nos recordaban las de cualquier novela policiaca pergeñada con precipitación y sin el debido respeto al estilo. Era como si uno de los intérpretes más vigorosos que en este siglo tiene la ciudad de Barcelona estuviera desafinando en una original melodía que comenzó con **La verdad sobre el caso Savolta** y que había tenido su continuidad en clave de **divertimento con El misterio de la cripta embrujada**. Afortunadamente, tras el percance, Mendoza ha

recuperado el pulso con la aparición, a fines de la primavera pasada, de **La ciudad de los prodigios**, novela que, hasta el momento, puede considerarse como su obra maestra y que, al parecer, comenzó a escribir poco tiempo después de **La verdad sobre el caso Savolta** (3).

El personaje y su escenario

POR los mil vericuetos de la prodigiosa jungla urbana que se extiende desde la falda del Montjuich a la del Tibidabo, y en el tiempo que va desde los preparativos de la Exposición Universal de 1888 hasta la celebración de la de 1929, el novelista nos ofrece toda la sarta de acontecimientos que configuran la irresistible e inicua ascensión social de Onofre Bouvila, el personaje central del relato. Es otra vez el mundo del gangsterismo financiero, aunque en este caso el período abarcado sea mucho más vasto que el que se concentra en **La verdad sobre el caso Savolta**, limitado a los dos últimos años de la primera guerra mundial y a la resaca subsiguiente. De esta forma, en **La ciudad de los prodigios** se nos ofrece una visión más amplia de las grandezas y miserias de la historia contemporánea de Barcelona, y unos antecedentes que explican las tensiones y enfrentamientos sociales de la época del pistoleroismo y de las luchas entre patronos, obreros y anarquistas, campo abonado para las aspiraciones de Onofre Bouvila, quien, a la manera del héroe de la novela picaresca, encuentra en la total falta de escrúpulos la única forma de supervivencia. Mendoza descri-

be con toda suerte de pormenores la especulación y los negocios fáciles y sucios que nacen al calor del progreso y del ensanche de la ciudad. Por ese mar proceloso se moverá Bouvila como un auténtico predador, y con la reventa de solares de fingida prosperidad saltará de la condición de simple matón a sueldo a la de acaudalado negociante. Pero el alma del personaje es un abismo que conviene explorar con más detalle, pues para ello el narrador nos ofrece suficientes sondas con la tradicional técnica introspectiva.

La conciencia del canalla

PROCEDENTE de un pueblo de «la Cataluña agreste, sombría y brutal que se extiende al sudoeste de la cordillera pirenaica» (pág. 13), y escapando de la miseria en la que está sumida su familia, el joven Bouvila —casi un niño— abrirá pronto los ojos a la verdad del mundo como antes lo hicieran sus precedentes literarios Lázaro de Tormes y el Buscón don Pablos. El encuentro con la propia soledad y desvalimiento será el inicio de una larga carrera de crímenes llevados a cabo con el pulso firme y el más absoluto cinismo, aunque la procesión del miedo y de la inseguridad desfile por dentro. Pero la soledad, como una araña aferrada a su conciencia, ya no le abandonará nunca, ni ese individualismo alimentado cuando, inocente todavía, empezó a ganarse la vida repartiendo folletos de propaganda anarquista: «...siempre compartió

3) «Esta novela viene tras del **Savolta** sin trámite», en la entrevista de J. S. Arguindey a J. M. Mendoza en **El País**, supl. «Libros / 1986, pág. 1.

con los anarquistas el individualismo a ultranza, el gusto por la acción directa, por el riesgo, por los resultados inmediatos y por la simplificación» (pág. 69). Más allá de consideraciones maniqueas, Mendoza nos muestra las reacciones y reflexiones más íntimas del personaje, que dibujan su progresiva infidelidad y fracaso en otros órdenes de la vida, incluido el de su matrimonio y el de sus hijas. Es la eterna historia del triunfador sin piedad burlado por las vueltas de la vida. Una cadena de desengaños, manías y rarezas, producto del deterioro físico y espiritual, culminará con una empresa tan inútil y delirante como hermosa y fantástica: la construcción de una increíble máquina de vuelo vertical que sorprenderá y asombrará a los asistentes a la segunda Exposición Universal, reyes y dictador incluidos. No es difícil adivinar que en esa especie de platillo volante que termina perdiéndose con él y con una bella muchacha en las aguas del Mediterráneo está el símbolo de una evasión, de una huida buscada desde hace tiempo por el despiadado hombre de negocios, y de la que ya era un primer aviso su inesperado retorno, por un breve tiempo, a su pueblo de origen. Y si en la moralina de algunas novelas picarescas está el final lamentable y degradante que suele aguardar a todo «mal nacido», el escarmiento moral de Bouvila podría cifrarse y resumirse en esta reflexión al mismo tiempo desoladora e irónica que, cercano el desenlace de la novela, le asalta al personaje: «Yo creía que siendo malo tendría el mundo en mis manos y sin embargo me equivocaba: el mundo

es peor que yo» (pág. 343). No es el remordimiento o la mala conciencia lo que parece acongojar a uno de los hombres más ricos del mundo, sino el fiasco de no haber sabido, a la larga, ser peor que los demás. Probablemente —y eso es lo que creemos interpretar— una explicación estaría en el hecho de que la estupidez y la pura inercia del egoísmo de los hombres terminan siendo infinitamente más nefastas y dañinas que la calculadora y cerebral maldad de un individuo inteligente **con iniciativas** como Onofre Bouvila. Parece que nos hallamos, pues, ante la clave o una de las claves fundamentales de la obra, tan cruel y descarnada en sus planteamientos que, con ella, el autor habría evitado cualquier derivación al moralismo tópico y lineal. No es que, en este caso (y al contrario de lo que suele ocurrir) el canalla no pueda soportar la visión de su propia imagen y el recuerdo de sus pasadas infamias. Por el contrario, es la arrolladura y estulta maldad de los demás, sin olvidar la de sus pasadas víctimas —algunas de ellas pertenecientes a lo más selecto del hampa barcelonesa— la que hunde a Bouvila en el desaliento y la frustración. A nuestro juicio, todo apuntaría a un callejón sin salida, idea en la que vuelve a brillar la ironía: de poco sirve conquistar el poder y el dinero si el mundo sigue estando mal hecho. En esa pescadilla que se muerde la cola coinciden la angustia y el miedo del pequeño Onofre cuando comienza a moverse por el tremedal de la lucha por la vida con la desazón y soledad del caduco gángster y hombre de negogios.

Mendoza y Ferlosio, dos hitos en el 86

Cara y cruz de Barcelona y ceguera de Madrid

PERO sería injusto limitar la interpretación de la novela de Mendoza al análisis y disección del alma de su protagonista. Otro personaje, de gigantescas proporciones, llega a absorber tanto o más nuestra atención, de forma parecida a como lo hace el Madrid de **Fortunata y Jacinta** o el Oviedo de **La Regenta**, al margen de la historia y avalares de sus héroes. Ese personaje, es evidente, se trata de la ciudad de Barcelona, hormiguero de vida y de ladillo mucho más importante que ese simple «telón de fondo» al que se alude tímidamente en la contracubierta del libro. De telón de fondo, nada (y, para demostración, basta fijarse exclusivamente en el título de la obra): en este aspecto, no sólo no han cambiado las cosas desde la aparición de la primera novela del narrador, **La verdad sobre el caso Savolta**, sino que incluso cabe decir que se ha acentuado el protagonismo de la ciudad (y afortunadamente, pues ése es el registro magistral de Mendoza). Porque la crónica de Barcelona —real y ficticia, pues la verdad histórica se funde siempre con la fantasía y con la propia fabulación del escritor— contiene ya desde las primeras páginas del libro referencias a épocas mucho más remotas y legendarias, casi siempre en tono de humor e ironía: «Está probado que los elefantes de Aníbal se detuvieron a beber y triscar en las riberas del Besos y del Llobregat camino de los

Alpes [...] Los primeros barceloneses quedaron maravillados a la vista de aquellos animales. Hay que ver qué colmillos, qué orejas, qué trompa o proboscis, se decían» (pág. 9). Sin embargo, ni que decir tiene que la parte del león de esta recreación histórica, próxima, en muchos casos, al realismo mágico, se la llevan los preparativos, polémicas, demoras, escándalos y otros mil detalles concernientes a la ejecución más o menos feliz e improvisada de las dos Exposiciones Universales, circunstancias de las que no están ausentes ni los trapos sucios de los barceloneses —por ejemplo, los que se refieren a la especulación y a los negocios nacidos al socaire de esa gallina de los huevos de oro— ni la miopía y desidia de las autoridades de Madrid, cuando, desde Cataluña, se les requiere un apoyo decidido a una empresa tan excepcional. Sin ánimo de entrar en un tema tan vidrioso, baste decir que al barcelonés Eduardo Mendoza no le duelen prendas a la hora de repartir leña en uno y otro sentido de forma bastante discreta y desapasionada, y siempre con las armas de su fina ironía y de su punzante humorismo. Mención especial merece el inefable episodio (págs. 39 y 22.) de los dos delegados llegados desde la Ciudad Condal a Madrid y de sus inútiles y desoídas gestiones en favor de la Exposición. Sus formalismos y sus vestidos extravagantes —reliquia simbólica de pasadas glorias de Cataluña— contrastan con la actitud feroz y la mala educación del ministro de Fomento de turno. Roza la genialidad la penosa impresión que la villa de Madrid provoca en estos personajes:

«...los delegados de la Junta se movían en un medio que les era ajeno; no sabían qué actitud adoptar ante aquella ciudad de tabernas y conventos, vendedores ambulantes, chulapones, alcahuetas, llegados y mendigos, en mitad de la cual existía un mundo aún más extraño, hecho de oropeles y ceremonias, amenazas y prebendas, poblado por generales intrigantes, duques chanchulleros, curas milagregos, validos, toreros, enanos y papamoscas de corte que se burlaban de ellos, de su acento catalán y de su sintaxis peculiar» (pág. 40).

AUNQUE se trate de una circunstancia absolutamente extrínseca y ajena al texto y, por tanto, sea improcedente e incluso frívolo citarla en un análisis literario, seguro que no escapará a la observación del lector la oportunidad y actualidad de esta novela de Eduardo Mendoza, al haber sido publicada unos meses antes de la proclamación de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992. Quiero decir que uno no puede resistirse a hacer comparaciones entre el evento que nos aguarda dentro de un lustro y la crónica de las dos Exposiciones Universales tal y como se relata en **La ciudad de los prodigios**.

Recapitulación

CSTA última obra de Eduardo Mendoza, más extensa y plena que las anteriores, es una novela gratificante, muy apta para los amantes de la pureza del género. La cita diaria con este tipo de narraciones es una satisfacción tanto lúdica como intelectual, pues, como ya seña-

lé más arriba, **La ciudad de los prodigios** sirve indistintamente para la evasión y reflexión. El estilo es elevado, con gran variedad de registros léxicos y un excelente dominio del castellano que acusa lecturas e influencias de nuestros clásicos, desde Cervantes a Galdós y Pío Baroja. En la estructura narrativa —perfectamente digestiva— no aparecen demasiadas complicaciones técnicas: se trata del empleo de recursos tradicionales, como la tercera persona narrativa y el tiempo verbal en pretérito, salvo algún esporádico conato de monólogo interior, domesticado y compensado por un «iba pensando» o fórmulas por el estilo. Sin ningún pudor y sin engañar a nadie el narrador es omnisciente como podría serlo un novelista del siglo XIX. Por lo general, la «voz» del autor suele distinguirse claramente de lo que —mediante la introspección narrativa— piensa o siente el personaje principal del relato, aunque, a veces, se confunden los límites de la perspectiva. Como quiera que sea, de la perspectiva del narrador es toda la descripción del ambiente, la reconstrucción histórica (en la que destaca, magistralmente, la reproducción y recicaje de las noticias aparecidas en los periódicos) y el relato de los hechos, elementos todos sobre los que derrocha enormes dosis de humor que compensa la conclusión pesimista a la que más arriba nos referíamos. El humorismo es característica esencial de esta novela, así como la mezcla de realidad y ficción, cercana, en algunos momentos, al realismo mágico. El ejemplo más característico de esta mixtificación es la versión entre

Mendoza y Ferlosio, dos hitos en el 86

fantástica y real que se nos ofrece de Barcelona, principalísimo protagonista, o, si se quiere, antagonista del relato.

«El testimonio de Yarfoz»: antecedentes

INI O sé si en alguna de las muchas entrevistas y comentarios que ha provocado últimamente la cuádruple andanada libresca de Ferlosio se ha hablado de los antecedentes de *El testimonio de Yarfoz*, aunque creo no haber visto nada sobre este tema. Yo empecé a saber algo de ello hace ya por lo menos dieciséis años, apenas teminada mi memoria de licenciatura sobre el lenguaje coloquial en *El Jarama*. Creo que primero le oí algo al respecto en el Ateneo al pobre Gustavo Fabra, amigo y contertulio de Rafael, a propósito de una larguísima historia sobre los remotos pueblos asentados en las orillas del río Barcial. Después pude cotejar este dato con el que Juan Benet ofrecía en su prólogo a *Industrias y andanzas de Alfanhui*: «...a los pocos meses de publicado *El Jarama*, Ferlosio tenía decidido no volver a poner los pies en el ámbito de la novela; puestos a ser exactos, ¿por qué seguir con la ficción? Y, como todo el mundo sabe, se dedicó a la investigación con tal ahínco que se dice obra en su poder un arca repleta de cuadernos manuscritos con todas sus cogitaciones, las cuales, desarrolladas durante los últimos quince años, cubren un campo bastante amplio del saber humano, desde la

erótica hasta la lingüística, desde la crítica hasta la historia de los pueblos barcialinos» (sic, por el sufijo de la última palabra, y el subrayado es mío) (4). Probablemente, Benet tomó la noticia al oído, de ahí ese derivado en -ino frente al -eo/-ea del actual libro de Ferlosio (por ejemplo, «Historia de las guerras barciales», pág. 11). Como quiera que sea, y puesto que mi relación con el autor de *El Jarama* no pasó ni pasa de dos breves y poco fructíferas conversaciones telefónicas durante la época de la redacción de la citada tesis, mis noticias sobre esa obra inédita eran tan de segunda mano que no sé hasta qué punto pude llegar a discernir si se trataba de una obra de ficción lo que se estaba cociendo o de un estudio más o menos histórico sobre alguno de esos pueblos legendarios de la época prerromana. La confesada versatilidad y curiosidad científica del autor, así como su fecundo diletantismo permitían esas y otras conjeturas, de forma que yo tampoco me preocupé por comprobar, buceando en la correspondiente bibliografía, la posible existencia del topónimo y quién sabe si gentilicio «Barcial».

AL leer ahora *El testimonio de Yarfoz*, que parece ser sólo una mínima parte de «una extensísima historia, repartida en miles de folios y cuadernos» (5), vuelvo a revivir la nebulosa de aquella primera impresión en que se funden ficción y realidad, invención y verosimilitud, fabulación y reconstrucción histórica. Lo que está claro es que *El testimonio de Yarfoz*, como toda la historia de los pueblos barciales, no es de factura

t) Juan Benet Goitia: «31ogo» a *Industrias y andanzas de Alfanhui*, de Rafael Sánchez Ferlosio, Madrid, Biblioteca Básica de Libros RTV, 1970, p. 14.

>) Igor Reyes-Ortiz: «La actividad de la ira. Cuatro nuevos libros de Rafael chez Ferlosio», en *El País*, supl. «Libros 11-86», pág. 1.

reciente, y que esa circunstancia cronológica, que nos obliga a remontarnos a hace muchos años —si aceptamos el testimonio de Benet, también de recuerdo— bien podría explicar algunas de las características del libro, y, en concreto, las que parecen ser generales a buena parte de la obra de Ferlosio. Al margen de retoques, modificaciones y adaptaciones, esa historia no parece haber salido recientemente del horno.

El discurso interminable y el arte del pormenor

CONTRA la prisa, la síntesis y la falta de precisión que impone y dicta el ritmo frenético de la vida actual y que —y eso es lo peor— llega a contagiar y trivializar el ejercicio del pensamiento y de la escritura, se alza desafiante el estilo moroso y la prosa conceptual de Rafael Sánchez Ferlosio. Lo veníamos apreciando desde hacía mucho tiempo, y no sólo en los artículos recogidos en **La homilía del ratón** (6), que son los más recientes, sino ya en los que fue publicando —siempre con cuentagotas, pero siempre certeramente— en las décadas de los años sesenta y setenta, y, por supuesto, en ese larguísimo discurso y reflexión sobre el lenguaje y el signo en general —y, en definitiva, sobre el comportamiento humano— que constituyen los dos volúmenes de **Las semanas del jardín** [recuerdo, en este sentido, la impresión que me causó y el cambio de registro al que me obli-

gó, después de la lectura de **El Jarama**, la distinta y difícil lectura del artículo «Personas y animales en una fiesta de bautizo» (7)]. Pues ese mismo arte del pormenor en una línea de respeto a los mil detalles de la naturaleza y del ingenio humano, expresado en un estilo conceptual y conceptuoso, se refleja aún más intensamente en **El testimonio de Yarfoz**. Este relato es la antítesis, los antípodas del best-seller servido en bandeja para ser degustado por amplios estratos del público, desde el hortera hasta el ejecutivo. Porque nada más lejos de la acción —y del hombre de acción, del **winner** que pasa por las cosas sin que las cosas, que concibe exclusivamente a su servicio dejen ninguna huella en él— que todo el cúmulo de detalles que constituyen el universo humano y el espacio natural de los pueblos barcialeos, inventado por Ferlosio en el nirvana y la soledad de su laboratorio literario: como, por ejemplo, la extensa reflexión sobre las razones contrarias del fuero del derecho más antiguo y el fuero del derecho mayor a propósito de la supervivencia de la rueda hidráulica de Uriga y Múriga, que al final —y por puro *azar*— continúa gloriosamente girando; como esa descripción de las rampas que permiten descender del alto del valle del Barcia! a sus vegas bajas, venciendo el impresionante escalón geológico del Meseged, o como esa visita a la Gran Necrópolis sin muertos de Gromba Feceria, donde cada difunto posee su propia estela con el relato abreviado de su vida, como mejor símbolo de su paso por este mundo que el que puedan representar sus cenizas.

Mendoza y Ferlosio, dos hitos en el 86

(6) Madrid, Eds. Eli 1986.

(7) En **Revista de C**idente, n.º 39, junio 1966, págs. 364-369.

Los dardos y la diana

CN toda su fabulación y deseo de construir un universo propio se observa un profundo desprecio del autor hacia el presente de nuestro siglo —resultado, a su vez, de toda una historia de abominaciones—, porque cada paso, cada eslabón de la epopeya ficticia de esos pueblos que se han ido asentando en las orillas del Barcial responde a unas exigencias naturales o, al menos, espontáneas, es decir, a gestos no bastardeados por el cinismo, la hipocresía o la infamia solapada. Aunque sí idealizado, no se trata, en modo alguno, de un mundo inocente, pues la maldad y la guerra pueden surgir en cualquier momento, pero incluso cuando esto sucede no nos hallamos ante un grado de refinada perversión como al que, en la **historia real**, ha llegado la especie humana. Cuando, en el puente de piedra que une el territorio de los grágidos con el de los atañidas, Caserres y Obnelobio dan muerte de forma tan miserable a Espel —el jefe de los Atañidas—, asustados de tal ruindad, los dos caudillos no son capaces de ordenar a sus huestes la prosecución del ataque que ellos habían iniciado, no porque la muerte de un príncipe fuera tradicionalmente considerada como el fin de la guerra, sino «porque proveer a una recuperación tan súbita y oportuna /es decir, para ordenar que siguiera el ataque/ se habría necesitado, sin duda, un alma más vigorosa y más acrisolada en la maldad que la de ellos, un alma, en una palabra, más capaz de volver a beberse a

cada instante el veneno de su propia iniquidad. No era éste el caso de aquellos desventurados príncipes, a quienes, dicho sea en su descargo, faltó vigor justamente en el mal y para el mal» (pág. 94).

LOS personajes más abyectos del relato son, curiosamente, ostentadores de algún cargo burocrático o palatino. Ellos son el blanco de los dardos del autor camuflado en Yarfoz (porque también en esta obra, como ya se habrá adivinado, volvemos a tropezamos con el recurso del «manuscrito hallado»), aunque esa crítica se exprese sutilmente, sin estridencias: así, lo que se nos cuenta de exactor o recaudador pecuario que acosa implacable e injustamente al pastor Ardiscornio hasta dar con él en la cárcel; así, del ridículo y emperifollado Primer Celador Necropolitano, todo él preocupado por detalles concernientes a «mis funciones y mi jerarquía»; y así, también, de los cortesanos de Gromba Salamnea, a los que se considera poseídos por la ambición y el medro políticos, objetivo para el que no escatiman cualquier forma de vicio y corruptela. Sin embargo, hasta la salamnea Miminono, que, por su procáz asedio al joven Sorfos, es uno de los seres más envilecidos del relato, termina estallando en sollozos de vergüenza cuando es reprendida por su marido. La maldad parece tener sus áreas muy localizadas, como esa especie de Sodoma y Gomorra —se ha hablado de la influencia de la Biblia en esta obra— que es Gromba Salamnea, pero ni siquiera todos los personajes que pertenecen a esta ciudad están dominados

por la infamia, como es el caso de Tagrana, lone y las demás muchachas, e incluso el propio Virrinio, a pesar de su tacañería, por lo que hay que pensar que Fiéis, comerciante de Gromba Feceria, exagera las negras tintas de la pintura que hace de sus vecinos.

La integridad del príncipe

LEJOS de toda ambición, el personaje que es eje del relato, el príncipe Nébride, representa el grado máximo de sensibilidad y virtud que puede esperarse de quien está destinado a heredar el poder. Su vocación es la de ingeniero hidráulico, y cuando más entusiasmado está en los trabajos de desecación de los almarjales o prados inundados de Ordimbrod, le llega la noticia de la injustificada agresión de los grágidos a los atañidas y de la muerte de Espel a manos de su tío Caserres y de su padre Obnelobio. Abrumado y avergonzado por tamaña vileza, rompe cualquier forma de dependencia con el principado, con sus mayores y, en general, con los grágidos, por lo que marcha con su familia y séquito —en el que se encuentra Yarfoz— al exilio voluntario. Tras pasar algún tiempo entre los atañidas (y de ser bien recibido por ellos, a pesar de ser hijo del matador de su príncipe, rasgo que nos demuestra, una vez más, la fundamental nobleza de esos pueblos), se dirige por el camino de los iscobascos hacia las tierras que están más allá del Meseged, hasta instalarse en Gromba Pedería, donde acabará sus días ejerciendo el no-

ble y desinteresado oficio de necrógrafo. La muerte, primero, de Caserres, y más tarde de su padre Obnelobio, no le sacarán de su renuncia y anonimato. Será su hijo Sorfos —más avezado a la política y al ejercicio de las armas— quien se haga cargo del principado.

CN la falta de empeño por el mando que demuestra el príncipe Nébride, en su discreción y sabiduría a la hora de discutir sobre cualquier contencioso —como el de la rueda hidráulica de Uriga y Múriga— y en su curiosidad científica y detallada por las grandes obras de otros pueblos, en todo ello y en mil detalles más demuestra el autor su voluntad de crear un personaje ejemplar. La historia tiene mucho de edificante, siempre que entendamos esta palabra en su mejor sentido, pues no es precisamente Ferlosio amigo de moralejas (8). Queda, eso sí, interrumpida **in inédias res**, y no llegamos a saber si, en lo sucesivo de su principado, perviven el buen juicio y astucia de Sorfos. Como quiera que sea, y a pesar de estar **envileciéndose** por la ambición de poder, la aventura de Sorfos no termina en un baño de sangre —que sería lo esperable en cualquier otro caso, como, de hecho, lo esperan y lo desean los generales grágidos—, pues, sin duda, gracias a haber heredado y aprendido de Nébride el buen hacer y la magnanimitad, consigue que los doce regentes le transmitan el poder sin mayores traumas. En definitiva, y aunque se nos dice que hubo varias guerras, Ferlosio excluye de su microcosmos barcialeo, hasta el límite de lo posible, los hechos de armas y las masacres,

Mendoza y Ferlosio, dos hitos en el 86

(8) Cf. toda la exf
ción que sobre la liten
didáctica y moraliz
ofrece Sánchez Ferlos
el «Prólogo» a **Pinoch**
Cario Collodi, Mac
Alianza Ed., 1972, f
7-16.

como un desplante más hacia la dimensión histórica en la que nos movemos.

Reivindicación de *El Jarama*

IVIAS arriba me referí a ciertos antecedentes relacionados con *El testimonio de Yarfoz* que, por su interés cronológico, podrían arrojar luz sobre algunas de las características del libro. Si es cierto, por tanto, que la historia de los pueblos barcialeos empieza a escribirse no mucho tiempo después de la aparición de *El Jarama*, tendremos que admitir que alguna coincidencia podrá rastrearse y apreciarse entre lo publicado entonces y lo publicado ahora, con todas las diferencias formales y de contenido que existen entre unas obras y otras, sean libros o artículos. Así, enumero a continuación una serie de rasgos de *El testimonio de Yarfoz*, que, a mi juicio, son motivos recurrentes del «corpus» ferlosiano, y que ahora nos sirven de compendio y resumen de todo lo expuesto anteriormente: a) preocupación y reflexión extremas sobre el lenguaje — como ya se apreciaba en *El Jarama* — y, en general, sobre el signo y la comunicación, orientadas no sólo desde el punto de vista exclusivamente lingüístico, sino también antropológico, con atención especial a la conducta humana; b) reflexión ética, muy vinculada a las cuestiones del derecho y de la política, ejercicios que son permanente objeto de replanteamiento y revisión bajo una perspectiva implacablemente crítica, cercana a posiciones anarquistas; c) invención y mo-

delado de un universo de personajes que aparecen adornados por la discreción y la virtud —o, al menos, por la bondad o la inocencia— y de los que no está muy sobrada, precisamente, la historia real; d) interés y veneración por el entorno natural y artificial; en este sentido, el río —también el río de la vida— vuelve a ser, como en *El Jarama*, protagonista del relato; e) descripción pormenorizada de todos los objetos, especialmente de los accidentes geográficos o de las obras de ingeniería que desafian a la naturaleza, con una matemática minuciosidad YO quiero aprovechar para romper desde aquí —sin mayores análisis, que ya los hubo— una lanza por *El Jarama*, libro tan denostado y vituperado por su propio autor y por los que, no habiéndolo leído o no habiéndolo entendido, aprovechan el abrenuncio de Ferlosio para mofarse de nosotros, de los que somos legión de admiradores. El autor es muy libre de adjudicarle cualquier sambenito a su obra, pero que conste que si Ferlosio ha dicho que si otra persona hubiera escrito *El Jarama*, él mismo diría: «¡Pero qué pelmazo!» (9), uno se pregunta si esa misma reacción no le estará asaltando a muchos lectores actuales de *El testimonio de Yarfoz*, sobre todo antes de superar la jungla conceptuosa y las cárcavas y barrancas de los detalles y pormenores de las primeras ochenta y dos páginas. Y con ello no estoy desdiciéndome, ni mucho menos, de la admiración que se desprende de mi análisis de *El testimonio de Yarfoz*, sino apelando, una y mil veces más, a la invocada cautela y discreción.

9) Igor Reyes-Ortiz, op., pág. 4.